

LUIS FRANCISCO ESPLÁ

José Aledón

Escritor

Llevo ya muchos años viendo toros, pero, antes que nada, debo decir que no he visto los suficientes como para poder, de una manera sólidamente fundamentada, emitir una opinión solvente sobre toros y toreros, entre otras cosas porque saber de toros creo que es harto complicado, incluso para los que los tratan a diario en el campo y ven su comportamiento en la plaza durante su lidia, de modo que, si para ganaderos, mayoresales y vaqueros es difícil acertar, imagínense si lo es para quien esto escribe.

En cuanto a los toreros, siempre hay que juzgarlos en función del toro. Soy de los que piensan que hay que verlos en distintas plazas y ante distintos públicos, o lo que es igual, hacerles un seguimiento presencial, ver su trabajo con distintos encastes y en distintos tramos de la temporada para poder calibrar debidamente su cualificación profesional.

Dicho lo cual, imagine el lector lo que el envite supone para un modesto aficionado que se ha nutrido básicamente de festejos celebrados en tierras valencianas y que ha realizado escasas escapadas a otras ferias españolas, no obstante lo cual, se intentará llevar a cabo una lidia literaria lo más completa posible en ese coso virtual que mi buen amigo y mejor aficionado Pepe Campos Cañizares preside con su siempre juicioso y asolerado criterio taurino y literario.

El torero que más ha estimulado mi interés a lo largo de los años, dentro y fuera del ruedo, es Luis Francisco Esplá, nacido en Alicante en 1957, alternativado en Zaragoza el 23 de mayo de 1976 por Paco Camino y confirmado en Madrid un año más tarde por Curro Romero. Es Licenciado en Bellas Artes y poseedor de la Medalla de Oro al Mérito a las Bellas Artes desde 2009, año de su retirada.

El diestro alicantino reúne, para mí, todo aquello que un torero debe poseer: técnica, arte y valor.

Trataré de justificar tal aserto valiéndome no sólo de mi percepción personal e intransferible de su toreo, sino de los conceptos que el propio maestro manifestó al periodista y amigo común Carlos Bueno durante unas jornadas compartidas en su finca, plasmadas después en el libro “Luis Francisco Esplá toreador” (Valencia, 2008).

¿QUÉ ES LA TÉCNICA EN EL TOREO? Y ¿QUÉ RELACIÓN TIENE CON EL ARTE?

El diccionario de la Real Academia Española define “técnica” como el “conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte” y “arte”, en su tercera acepción, como: “conjunto de preceptos y reglas para hacer algo”, definición que encaja a la perfección con lo dicho sobre la técnica y que hace justicia a su etimología (del latín “ars” “artis” y este calco del griego “tekné”).

Podemos pues colegir que, en el toreo y en primera instancia, se podrían admitir como sinónimos “técnica” y “arte”. Así hay que entender las preceptivas “La Tauromaquia o Arte de Torear” y “La Tauromaquia Completa. El arte de torear en la plaza, tanto a pie como a caballo” atribuidas a José Delgado “Illo” y a Francisco Montes “Paquiro” respectivamente. Así hay que entender igualmente el “Arte de la verdadera navegación” de Juan Crisóstomo Gárriz (Valencia. 1602) o el “Arte de recetar conforme los principios de la química farmacéutica” de Francisco Carbonell y Bravo (Barcelona. 1807). Como

se puede ver, un concepto del “arte” todavía alejado del asociado a cualquiera de las llamadas Bellas Artes. Oficio y nada más – y nada menos – que oficio.

Esplá terea en este asunto, desvelando su concepto del valor e introduciendo, de paso, el concepto de “arte” que también engloba una interpretación de lo real y una plasmación de lo imaginado, relacionándolo con la expresión, que él llama acertadamente “gesto”: “Cuanta más técnica tienes más seguro estás, más dimensión le das al valor; simplemente parece que seas más valiente... Quiere decirse que, al final, incluso lo más sublime está sostenido por la técnica... El problema es cuando la técnica abraza de tal forma que doblega el gesto. La técnica tiene que servir para que el gesto sea mucho más libre”.

Reafirma el binomio arte-técnica cuando, ante la pregunta del periodista “¿Se puede crear arte con corridas duras?”, responde “A veces es un arte matarlas con dignidad”.

EL VALOR Y EL CONOCIMIENTO

Es desacertado suponer que el valor es la ausencia de miedo, manifestando el maestro alicantino: “El miedo cambia con el paso de los años, cambia según las plazas, cambia con las corridas y con las situaciones, pero en ningún caso dejar de engordar. Es un monstruo que va adquiriendo cada vez más presencia y volumen... Los miedos preocupantes son los que están creados y alimentados por nosotros mismos y que no tienen que ver con la presencia del toro. No es ese miedo derivado del instinto de conservación que desaparece cuando desaparece el peligro. Los peores son los miedos intelectuales, como el miedo al ridículo o al fracaso, miedos que te asolan a cualquier hora y que se hacen latentes y evidentes en las grandes situaciones y que bloquean al artista. Esos miedos se alimentan de ti, de tu energía, y a más miedo menos energía... El torero lo que hace es convivir con sus miedos, los administra,

los digiere”. Pocas veces se ha desnudado así un torero, desmitificando clichés.

Es Esplá modesto, como todos los grandes, cuando revela las fuentes de sus conocimientos taurinos: “El ambiente mío desde niño estaba inmerso en un cocido absolutamente taurino [su padre, ex novillero y ganadero tenía una escuela taurina]. A los doce años ya me iba a Jaén a pasar temporadas enteras con el ganado... Me di cuenta de que, jugando con los animales, había llegado a aprender, no sólo la técnica, sino a desvelar los terrenos, incluso la personalidad del toro. Tanto juego desde pequeño entre toros y vacas me había proporcionado una capacidad de entendimiento fantástica y vi al toro como un elemento para crear”.

Ese conocimiento empírico propició un examen de conciencia con autocrítica incluida: “Hubo un momento en que no entendía por qué tenía que embarcar unos becerros para que los matasen en pueblos donde muchas veces no recibían una muerte digna. Entonces abominé de todo aquello, incluso dejé de ir a los toros”.

Esas experiencias y reflexiones forjaron su insobornable ética personal y profesional: “Me di cuenta de que no existe mejor material [para crear] que un ser vivo, con todas sus posibilidades y complicaciones, que necesita de unas prioridades éticas y escénicas”.

Esa ética tiene su proyección en el aficionado y en el público: “El aficionado de esta última generación basa todo su conocimiento y exigencias en el uso y aplicación del reglamento, lo que va deteriorando la esencia de la Fiesta... El reglamento lo que mantiene pulida es la esfera del espectáculo, la piel, pero el interior, que es la tradición y la sensibilidad, lo mantenía el aficionado con conocimiento... Un reglamento que aporta hechos mensurables no sirve para percibir ni defender las esencias del espectáculo... En general, el aficionado actual es más superficial”.

Ese diagnóstico nos lleva directamente a considerar su relación con la plaza de Madrid: “Madrid es la plaza del toro... Es cierto que he funcionado con la sintonía de Madrid porque estaba dentro de los cauces de mi toreo. Coincidíamos plenamente con ese tipo de toreo que da al toro prioridades escénicas... No se trataba de nada forzado, simplemente era aplicar mi tauromaquia hasta las últimas consecuencias. El orden, la lidia... Todo eso estaba primado, reconocido, y a todo eso yo le podía dar dimensión como en ninguna otra plaza... El público de Madrid, en los setenta y ochenta era menos vociferante y más exigente... y pienso que es necesario y oportuno que haya una plaza donde el público sea agrio, áspero, exigente, intolerante, porque de ahí nace siempre una referencia... Lo malo es que la filosofía de aquel público de Madrid ha ido derivando a otras plazas y aficiones que no tienen esa mentalidad y eso es un error pues se ha creado un aficionado torista malsano sin la sensibilidad del público de Las Ventas”.

EL TORO Y SUS TERRENOS

Hay un consenso generalizado entre los aficionados respecto al dominio de los terrenos que ha tenido el maestro Esplá, desvelándonos de nuevo él mismo sus secretos profesionales: “Es importantísimo tener en cuenta la orientación de los chiqueros, que de algún modo es el ombligo del toro, porque dependiendo de su situación el animal cambia sus trayectorias, su velocidad, sus inercias... y como tienes que vivir anticipado a sus reacciones has de ser consciente de todas estas eventualidades para conocer sus desplazamientos; tienes que jugar con ello para plantear el toreo... Pero hay una circunstancia que favorece que los toreros no tengan hoy que conocer estos conceptos con la puntualidad, exactitud y rigor que lo hacían los de antes, y es que el toro ha perdido animalidad, entendiendo por ella su capacidad de defenderse aportando todos los mecanismos naturales que le hacen

controlar y defender el espectro de su terreno, que no es otra cosa que defender su espacio vital. Todos los animales defienden su espacio y responden a la provocación que implica invadir su terreno, y ese terreno ahora es más pequeño para el toro, quizá porque antes, menos bravo que en la actualidad, no se entregaba tanto, se dosificaba más y correteaba más... Hoy el toro está seleccionado metódicamente para la faena de muleta. Se ha fomentado su capacidad de buscar potencialmente los engaños, y con ello ha habido una pérdida de emoción en el espectáculo. Antes, no hacer las suertes en los terrenos y querencias requeridas suponía frustrar la intención o que te cogiese el toro, un fiasco. Ahora no.”

Entre sus confesiones, resulta muy interesante la relativa a lo que él llama monocomportamiento de los toros: “El monocomportamiento coincide con el crecimiento del toro. En los setenta y ochenta había más de veinte ganaderías de Santa Coloma en buen momento, y con solo asomarte a un corral, sin ver el hierro, sabías a qué divisa pertenecía porque dentro del mismo encaste había una diversidad morfológica importante, y esa disparidad coincidía con su comportamiento. Cuando el toro empezó a crecer en tamaño y en pitones para que fuese aprobado en todos los reconocimientos, se comenzó a uniformar su físico y esa uniformidad de volumen coincide con una uniformidad de comportamiento, es una cuestión de proporciones. Salvo pequeños matices todos se mueven de igual forma. La selección también se ha unificado. Todos los ganaderos les exigen las mismas cualidades a sus vacas... Lo más preocupante no es el peso de los toros sino las proporciones. Un animal que debe responder a una ley de palancas debe guardar otras proporciones. En el deporte, y no sólo para el ser humano, se deben guardar unas proporciones según lo que se vaya a practicar”.

Esplá tiene, como no podía ser de otra manera dada su probada tendencia al estudio histórico de la Tauromaquia, un concepto holístico

del toreo, considerándolo un proceso en el cual cualquier desequilibrio entre sus tercios impide la consecución de la obra de arte, enjuiciando así la evolución de la lidia: “En estos últimos tiempos la intensidad de la faena se carga en el último tercio, incluso a veces se duda de la calidad de un torero si es muy variado y elocuente con el capote... Así se va restringiendo el posible espectáculo. Todo ello favorecido por un tercio de varas en el que el toro va al caballo a dejarse pegar, casi asesinar, sin salirse de la reunión. El toro actual, más seleccionado y bravo, se queda fijo en el peto y prácticamente listo con un solo puyazo para la faena de muleta, lo que ha ido despojando al tercio de varas de posibles quites, de propiedades y hasta de sentido. Este tercio necesita otra dinámica y agilidad. Y eso no significa quitarle peso al caballo ni castigo al toro. Debe dejar de ser algo simplemente coercitivo. Es una cuestión mucho más compleja...”.

En muchas ocasiones, a pesar de reconocerle muchos méritos al maestro alicantino, se le ha cuestionado su calidad artística precisamente por una particularidad que él mismo ha mencionado, es decir, el ser variado con el capote, coronando - por si lo anterior fuera poco - la licencia con una indiscutida maestría en las suertes del segundo tercio. Sincero y humilde a la vez, responde él mismo a esas censuras: “Aprendiendo a banderillar se aprende sobre todo a conocer los terrenos. No hay engaños, vas a cuerpo limpio y tienes que jugar con las querencias y contraquerencias. Según se elija un terreno u otro el oro responderá de manera distinta. Un toro puede ser agresivo en un terreno e indolente en otro”.

Y, respecto al inveterado uso de los garapullos en casi todas sus actuaciones, lo reivindica orgulloso: “Creo que ha sido volver a convertir el tercio de banderillas en un espectáculo en sí mismo y, a pesar de todas las críticas peyorativas, he conseguido que se valore como merece”.

Este es, a grandes rasgos, el torero que más me ha hecho sentir el toreo como un rito complejo, trasunto de viejos códigos caballerescos en los que se trata al contrincante con la equidad, generosidad y respeto que sólo las almas nobles son capaces de dispensar y por los que se muere cuando el honor lo exige.